

yan dado.» Es la primera vez que el derecho de guerra habla un lenguaje francamente evangélico. En Grccio se nota como una lucha entre el derecho de gentes, tal como se deduce del cristianismo, y ese conjunto de usos que el ilustre escritor considera también como un derecho. Fenelon no concibe siquiera que haya para la guerra otra regla de conducta diferente que para todas las relaciones humanas. Enseña que no deben causarse á los enemigos males inútiles: «Esos enemigos no dejan de ser hombres, vuestros hermanos, si sois verdaderamente hombre. No debéis hacerles más que los males de que no podáis prescindir para defenderos de los que os preparan y para reducirlos á una paz justa.»

Estos consejos no son pura teoría; van dirigidos al nieto de aquel que nunca consultó en sus guerras más que su interés, su orgullo y su venganza. Fenelon no es un literato de profesión; si escribe, es en cumplimiento de su deber, ya como preceptor del duque de Borgoña, ya como obispo. Sus ideas tienen, por lo mismo, más importancia. Estaban destinadas á entrar en la esfera de los hechos. La muerte llamó ante Dios al discípulo ántes que al preceptor. Pero las ideas sobreviven á nuestra misma existencia, y prosiguen su camino. Esta es nuestra grandeza, que debe servir para consolarnos de nuestra debilidad. Las primeras palabras que oyó el sucesor de Luis XIV fueron inspiradas por el genio de Fenelon. Escuchemos á *Massillon* dirigiéndose á Luis XV desde la cátedra de la verdad: «Si un afán excesivo de gloria extravía á los reyes, entónces, señor, ¡cuántos pueblos sacrificados al ídolo de su orgullo! ¡Cuántos crímenes nacen de un solo crimen! Señor, Dios no os ha confiado la espada sino para seguridad de vuestros pueblos, y no para desgracia de vuestros vecinos. El imperio en que el cielo os ha colocado es bastante vasto; cuidad más de aliviar sus miserias que de ensanchar sus fronteras; cifrad vuestra gloria más bien en reparar las desgracias de las guerras pasadas que en emprender otras nuevas.....»

Al decir á Luis XV lo que no podía hacer, *Massillon* condenaba lo que había hecho el abuelo del joven príncipe. En otra ocasión, al trazar el retrato de un rey ambicioso y conquistador, el orador cristiano pronuncia el fallo de la posteridad sobre aquel á

quien sus contemporáneos habían idolatrado: «Si el soberano, olvidando que es el protector de la tranquilidad pública, prefiere su propia gloria al amor y á la salvación de sus pueblos; si hace servir para él solo un poder que no se le ha dado más que para hacer felices á aquellos á quienes gobierna; en una palabra, si no es rey más que para desgracia de los hombres, y, como aquel rey de Babilonia, quiere levantar la estatua impía, el ídolo de su grandeza, sobre las lágrimas y restos de los pueblos; ¡gran Dios! ¡qué presente hacéis á los hombres en vuestra cólera, al darles semejante amo!»

§ IV.—La política.

N.º 1.— *El abad de Saint-Pierre.*

I.

Casi admira que Fenelon, el más evangélico de los escritores, el más sentimental de los políticos, no rechace la guerra de una manera absoluta. Aun en aquella de sus obras que pasa por la más quimérica, no pregunta si sería posible establecer la paz organizando una justicia regular. Si, como él mismo dice, existe una sociedad entre las naciones, ¿por qué no se la había de constituir sobre las mismas bases que la sociedad de los individuos? Si el Estado, haciendo justicia á los individuos, impide que éstos apelen á la fuerza, ¿no se podría instituir una justicia internacional, que proporcionase las mismas ventajas al género humano? Esta idea había apuntado ya bajo diversas formas. En otra parte hemos expuesto las ideas de Dante, los sueños de los utopistas y el plan de Sully (1). En el siglo XVIII el abad de Saint-Pierre se puso á formular un proyecto de confederación entre los Estados europeos, y lo propuso en serio á los príncipes. La *paz perpétua* ha hecho olvidar el gran proyecto de Enrique IV y de su amigo. Sin embargo, es evidente que Saint-Pierre procede de aquella tradición; no tiene de original más que los detalles de ejecución, y ésta es precisamente la parte quimérica de su plan. Únicamente la idea

(1) Véanse los tomos VI y X de mis *Estudios*.

de asociacion tiene algun valor, y esta idea pertenece á Enrique IV más bien que al escritor del siglo XVIII.

El nombre del abad de Saint-Pierre ha llegado á ser proverbial para designar los genios más generosos que positivos que se complacen en fabricar sistemas impracticables. La idea que se forma del *buen abad* es la de un utopista, cuyos proyectos sería de desear que se realizasen; pero esto no es posible por la imperfeccion humana. Así se expresa Rousseau respecto del escritor cuyas ideas se habia propuesto popularizar, traduciendo sus escritos indigestos á su admirable lenguaje (1). De esto á presentar al abad como un genio no comprendido, superior á su siglo y cuyas ideas se dirigian al porvenir, no habia más que un paso. En nuestros días un ilustre escritor ha colocado á Saint-Pierre por encima de todos los grandes hombres del siglo último: «Estaba más iluminado interiormente por el espíritu de Dios, dice J. Sand, que Voltaire, Helvetius, Diderot y el mismo Rousseau; no le faltaba más que el talento de la forma.» La idea de paz, tan poderosa en el siglo XIX, ha rehabilitado algo el nombre casi olvidado del abad. Tiene una escuela; una asociacion, extendida por los dos hemisferios, se ha propuesto vulgarizar sus esperanzas. Pudiera, pues, creerse que Saint-Pierre, más bien que Fenelon, fué el profeta del porvenir. En nuestra opinion, esto es exagerar mucho el mérito del hombre y el valor de su utopia. Hemos dicho en otra parte que la paz perpétua hace perder de vista el verdadero fin, el libre desenvolvimiento de las facultades del hombre. Saint-Pierre, medianía y corto de alcances, no ha sospechado siquiera las dificultades que suscita el proyecto que concibe; así ha sucedido que, en lugar de favorecer el progreso de las ideas pacíficas, les ha impreso un sello de ridiculidad, y ha comprometido la idea verdadera de asociacion, viciándola con las falsas aplicaciones que le dió. Oigamos al abad de Saint-Pierre (2).

(1) «Este hombre raro, dice, honor de su especie, el único que no ha tenido más pasión que la de la razon, no hizo más que caminar de error en error, por haber querido hacer á los hombres iguales á él, en lugar de tomarlos tales cuales son y continuarán siéndolo.»

(2) *Compendio del proyecto de paz perpétua y Suplemento á este compendio.* (Obras del abad de Saint-Pierre, t. I y II, edic. de Rotterdam, 1735.)—ROUSSEAU, *Proyecto de paz perpétua.*

II.

Las naciones viven entre sí, en lo que en el siglo XVIII se llamaba estado de naturaleza, y que Saint-Pierre llama estado de barbarie, puesto que es un estado de guerra permanente, que solamente se interrumpe por treguas pasajeras. ¿Por qué siempre recurren los pueblos á las armas para dirimir sus contiendas, al paso que se ve que los individuos no acuden á ellas en sus cuestiones particulares? Se respeta el derecho entre los individuos, porque están reunidos en sociedad; cada cual conoce que le es imposible resistir á las fuerzas sociales reunidas en manos del Estado, y que no tiene más remedio que cumplir sus compromisos; en caso de necesidad, la fuerza pública le obliga á ello. Si el estado de guerra de todos contra todos ha cesado, merced al establecimiento de las sociedades civiles, debe cesar también entre los pueblos por la formación de un Estado supremo compuesto de los diferentes Estados soberanos. Reunir á los hombres en sociedad, y dejar á los pueblos en el estado de naturaleza, es detenerse á la mitad del camino, es casi aumentar el mal, en lugar de disminuirlo. En efecto, se contienen las guerras particulares, encendiendo las generales, que son mil veces más terribles. ¿Quién no ve que éste es un obstáculo invencible para el perfeccionamiento de la constitucion interior de cada Estado? La mayor parte de la atencion que deberia dedicarse á su cultura, hay que dedicarla forzosamente á su seguridad, y hay que pensar más en resistir á los de afuera que en hacer perfectos á los de adentro. Es preciso, pues, completar la obra de la asociacion haciéndola extensiva á las naciones.

Para esto hay dos medios, la monarquía universal y la confederacion. Saint-Pierre no discute el primer sistema que habia seducido al Dante y que aún conservaba algun prestigio en el siglo XVII. Las violencias de Luis XIV, su desprecio de la libertad de las naciones, su insultante orgullo, desacreditaron para siempre una idea que solamente puede ilusionar á algun teórico. Una asociacion, fundada en el consentimiento voluntario, disipa las

objeciones que suscita un poder fundado en la violencia. Esta es la idea fundamental de Saint-Pierre. Una confederacion que una á los pueblos por vínculos semejantes á los que unen á los individuos, someterá igualmente á unos y á otros á la autoridad de las leyes. Este gobierno parece por otra parte preferible á cualquier otro, porque reúne las ventajas de los Estados grandes y de los pequeños, es formidable en el exterior por su poder, las leyes tienen vigor en él, y es el único propio para contener á la vez á los súbditos, á los jefes y á los extranjeros. Es preciso, naturalmente, suponer que la confederacion es tan general, que ninguna potencia de alguna importancia se niegue á ella. Además, se necesita que haya una dieta que establezca leyes para todos sus miembros, que tenga fuerza coactiva para obligar á cada Estado á someterse á las deliberaciones comunes; en fin, que una vez formada, sea firme y duradera, é impida en caso de necesidad que sus miembros se separen por su sola voluntad, cuando crean que su interes particular es contrario al interes general.

Este último peligro es el escollo de las confederaciones cuando han llegado á formarse. Saint-Pierre supone que las ventajas que los príncipes encuentran en su proyecto los mantendrán unidos, y que su poder comun será tal, que los que quisieran separarse de la liga no podrán realizarlo. La liga garantiza á cada uno de sus miembros la posesion de todos los Estados que actualmente posee. Los garantiza contra los peligros de guerras extranjeras así como contra las revoluciones interiores. Los disturbios que pudieran agitar á un Estado serán fácilmente apaciguados por la intervencion de las potencias confederadas. En cuanto á las guerras extranjeras, por decirlo así, no pueden ya originarse. ¿Cuál es el príncipe tan falto de sentido que quisiera émprender conquistas, estando seguro de ser contenido por fuerzas mayores que las suyas, en términos que se expondría á perderlo todo sin probabilidades de ganar nada? Pero si los reyes se encuentran afortunadamente en la imposibilidad de hacer conquistas, pierden por otra parte el temor de ser atacados; sus Estados, garantidos por toda la Europa, quedan para ellos tan asegurados como las posesiones de los ciudadanos en un país bien ordenado. Quedan las cuestiones que pueden surgir entre soberanos. Las más peligrosas versan

sobre sus pretensiones á tal ó cual país. El acto mismo de la confederacion las hace desaparecer, regulando definitivamente los derechos de los príncipes sobre su posesion actual. Verdad es que pueden suscitarse cuestiones imprevistas sobre el repartimiento de una herencia. La dieta las decidirá. Pero ¿segun qué regla? ¿Será una sentencia judicial fundada en la interpretacion de los tratados ó de los testamentos? No, dice Saint-Pierre. La dieta se regirá por la ley de la salvacion pública, la cual exige que no se engrandezcan los Estados de las grandes potencias. De modo que la sentencia será un arbitraje político, semejante á los tratados de reparto de la monarquía española. ¿No podrá suceder que el príncipe despojado de un derecho cierto no acepte una decision que sacrifica su interes al interes general? El abad responde que la alianza le obligará á conformarse.

III.

Este es el ideal. ¿Cómo se realizará? A Saint-Pierre le parece muy fácil. Cree que la Europa forma ya una especie de sistema que une á todas las potencias por una misma religion, un mismo derecho de gentes, las costumbres, las letras, el comercio, y una especie de equilibrio que es el efecto necesario de todo esto. Esta sociedad de pueblos no ha existido siempre, y las causas particulares que la han hecho nacer sirven hoy para mantenerla. Roma y el cristianismo han formado el vínculo de diversas naciones, dándoles una comunidad de opiniones y de máximas. De este doble vínculo del sacerdocio y del imperio ha resultado una sociedad más perfecta entre las naciones de Europa, donde estaba el centro de ambos poderes, que en las demas partes del mundo. Saint-Pierre deduce de estas consideraciones históricas que reina entre los pueblos de Europa un vínculo social imperfecto, pero más íntimo que las relaciones generales de la humanidad. Estos primeros vínculos no impiden que la guerra sea permanente, pero esto mismo indica la necesidad de estrecharlos perfeccionándolos.

Por una singular casualidad, ó por un favor de la Providencia, la Europa posee en su seno el modelo de esta sociedad: el imperio

de Alemania que es una confederacion de Estados independientes unidos bajo un jefe, con una dieta que da leyes al cuerpo germánico, y decide las cuestiones entre sus miembros. No se trata más que de hacer extensivo á la Europa entera lo que ya existe en una de sus partes principales. El ejemplo de la Alemania parece decisivo á Saint-Pierre para rechazar la objecion de utópico que se presenta á su proyecto: «Lo que, á pesar de algunas pasiones humanas, ha sido establecido por otras pasiones humanas, puede tambien establecerse más en grande por análogas pasiones auxiliadas por la razon. Una institucion humana que tiene bastantes defectos, pero que sin embargo ha impedido las guerras, y ha defendido de toda invasion á los soberanos más débiles, puede ser imitada y producir los mismos efectos, y aún con mayor facilidad y seguridad, en favor de los soberanos de Europa.»

Falta saber cómo trata de llevar á cabo Saint-Pierre esta revolucion. Por más utopista que sea, conoce muy bien que el decir que la paz es preferible á la guerra al que tiene razones para preferir la guerra á la paz, es no decir nada. Conoce tambien que se le ha de criticar por suponer á los príncipes tales como deberian ser, generosos, desinteresados, amantes del bien público, en lugar de tomarlos tales como son, injustos, ávidos y anteponiendo á todo su interes. El buen abad se esfuerza, pues, en probar que los soberanos han de aprobar su proyecto, si consultan sus verdaderos intereses. Todo lo que supone en ellos es bastante razon para ver lo que les es útil, y bastante valor para hacer su felicidad. Veamos cómo se maneja el utopista para convencer á los reyes.

Se trata nada ménos que de trasformar el poder real. Lo que constituye su prestigio y su grandeza es la soberanía, es decir, el derecho que tienen los príncipes de hacerse justicia á sí mismos, ó, si se quiere, el derecho de ser injustos cuando les acomoda. ¿En qué cifran su gloria? En el poder de engrandecerse á costa de sus vecinos. Todo rey es conquistador ó desea serlo. Los que no lo son por impotencia, hacen de necesidad virtud. Saint-Pierre varía todo esto; quiere obligar á los reyes á ser equitativos y pacíficos. Pero ¿qué interes tienen en preferir la paz á las conquistas? Su verdadera gloria, responde, consiste en procurar la utilidad pública y la felicidad de sus súbditos. Todos sus intereses están subordinados

á su reputacion, y la reputacion que se adquiere entre los sabios es proporcional al bien que se hace á los hombres. Bajo este punto de vista, la empresa de una paz perpétua, la mayor que se ha proyectado nunca, es seguramente la más capaz de cubrir á su autor de una gloria inmortal. Rousseau hace el resumen de este primer motivo de interes con estas maliciosas palabras «que el medio más seguro que tiene un príncipe de distinguirse entre la turba de los soberanos, es hacer algo por la felicidad pública.» Añade que estas consideraciones podrian muy bien cubrir de ridículo al autor y á sus proyectos á los ojos de los políticos; y que, por consiguiente, debe buscarse en otra parte el interes de los reyes. La gloria que las conquistas proporcionan es una gran cosa, pero ya en el estado actual de Europa, los Alejandro han llegado á ser imposibles. Se ve algun Luis XIV que se agite durante toda su vida para ensanchar los límites de su reino. Pero ¿qué resultado consigue? Se forman ligas contra él, y cuanto más se ha elevado con sus victorias, más violenta es la reaccion, y puede serles funesta. ¿No es, pues, una locura arriesgar toda su fortuna á un golpe de dados, con la esperanza de duplicarla, cuando es imposible que esta esperanza se realice? Es pues un bien positivo para los príncipes el renunciar á todo proyecto de engrandecimiento, y limitarse á asegurar lo que poseen.

El abad de Saint-Pierre conoce que combate en vano al espíritu de conquista, haciendo ver que todas las probabilidades son contrarias al conquistador. Cuanto más aventurado es el juego, tanto más incitante para el jugador. Es preciso, pues, probarle que el juego á que juega es malo, un juego de ganapierde. Considérese el aniquilamiento que produce al vencedor la guerra más afortunada, y compárese este perjuicio con las ventajas que reporta. Un príncipe que por ensanchar sus fronteras, pierde de sus antiguos súbditos tantos como los nuevos que adquiere, se debilita evidentemente, porque tiene mayor espacio que defender y no tiene más defensores. La pérdida material de hombres que produce la guerra es el menor de los males que ocasiona; los más graves consisten en el aumento de los impuestos, en la interrupcion del comercio, en el abandono de la agricultura. Solamente los pueblos bárbaros é incultos buscan su grandeza en las tierras que conquistan.